

Éste es un lugar atroz: una playa inacabable del Pacífico partida por la mitad por un muro de metal carcomido por la herrumbre, el salitre y la intemperie, que a cada momento se desmigaja y a cada momento es parcheado para que perdure la ignominia. Ésta es la playa de la ciudad de Tijuana, en el extremo más noroccidental de Latinoamérica, en el extremo más noroccidental de México, justo en el límite de la frontera con Estados Unidos, pegada a la ciudad de San Diego. Éste es un lugar exacto del mapa, pero también es un símbolo saturado de sentido: del lado mexicano del muro la playa hierve de familias numerosas, parejas y grupos de chicos que toman el sol en la arena o alborotan el agua sosegada del océano; del lado gringo la playa está completamente desierta, si se exceptúa la presencia minúscula de un par de gaviotas perdidas y la presencia ominosa de un par de coches de la *migra* —la policía norteamericana antiinmigración— que, inmóviles como tigres en reposo, vigilan agazapados que nadie vulnere esa frontera de hierro.

Por supuesto, muchas personas la vulneran a diario, porque la desesperación siempre puede más que el miedo y porque no se le pueden poner puertas al campo. El muro que muere en esta playa infinitamente triste tiene una longitud aproximada de cuarenta kilómetros y una disposición similar a la del antiguo Muro de Berlín: primero una valla de metal, luego una zona intermedia sobrevolada por helicópteros y recorrida de continuo por vehículos de vigilancia, y finalmente una verja. Cuando este

muro artificial concluye, empieza el natural, todavía más largo y menos compasivo que aquél: ríos de aguas caudalosas y desiertos helados y ardientes donde familias enteras con niños y mujeres y ancianos perecen a diario, ahogados o exhaustos o deshidratados o muertos de frío. En los últimos cinco años murieron más de cinco mil personas, unas tres al día, y lo hicieron con la indiferencia absoluta del gobierno de Estados Unidos y la complicidad activa del gobierno mexicano, que, en vez de tomar cuantas medidas de presión están a su alcance —y son muchas— para que cese esa sangría sin pausa, se limita a gestos palaciegos de protesta. Al Muro de Berlín le llamaban el Muro de la Vergüenza; que alguien me diga cómo hay que llamar a éste. Sea como sea, aquí, en ésta playa atroz donde muere este muro que se adentra un centenar de metros en el mar y en cuyas planchas de metal leproso figuran centenares de calaveras blancas con los nombres de quienes murieron intentando cruzarlo, aquí, frente a este cordón sanitario con el que el primer mundo trata de defenderse sin piedad y sin éxito de la infección del tercero, aquí se entienden de golpe y sin necesidad de que pasen por el filtro del razonamiento muchas cosas. Aquí uno entiende muy bien que tantos latinoamericanos padezcan una pasión inútil: el antinorteamericanismo. Aquí la izquierda latinoamericana encuentra argumentos a mansalva para continuar apoyando la abyecta tiranía de Fidel Castro, lo que evidentemente constituye la mejor manera de liquidar para siempre la posibilidad del triunfo de la izquierda en Latinoamérica: para cualquier persona decente es una prueba irrefutable de la iniquidad del régimen de La Habana el hecho de que sus ciudadanos tengan que jugarse la vida cruzando en balsas el océano para huir de él, pero ¿cómo calificar entonces a regímenes como el mexicano o el norteamericano, que toleran y alientan en esta frontera una iniquidad aún más mortífera? Aquí, víctima uno mismo de una humillación sin confines, se entiende muy bien, en fin, que un puñado de dementes suicidas se arrojara contra las Torres Ge-

melas provocando una carnicería de apocalipsis: juro por mi hijo que en toda mi vida jamás he sentido ganas de poner una bomba, salvo aquí, junto a este mar en calma salpicado de alegres bañistas, frente a este muro espantoso vigilado por coches patrulla de parabrisas ahumados, tras los cuales acechan los guardianes feroces del paraíso de la prosperidad, en este lugar donde uno se siente extrañamente feliz y lo sería del todo si junto a él estuviera el secretario de Estado español para la inmigración, que así comprendería, con la misma claridad meridiana con que lo comprende cualquiera, qué es lo que siente cualquier africano que mira la costa española desde Marruecos, que es exactamente lo mismo que siente cualquier latinoamericano —o cualquier hombre de bien— cuando mira al otro lado a través de este muro de pesadilla que marca la frontera más transitada del mundo. «Welcome to Tijuana», canta Manu Chao. «Tequila, sexo y marihuana.»

Llegué a Tijuana el día anterior, procedente de Ciudad de México. Como era mi primer viaje al país y ya llevaba varios días en él, llegué pensando que, como dice Hugh Thomas, quien sólo conoce España no conoce España, pensando que España no es más que una pálida copia de México y pensando también que nuestro incurable provincianismo gachupín de nuevo rico recién instalado en las delicias del primer mundo nos induce a pensar en México con cierto sentimiento de superioridad, cuando basta pasear durante unas horas por las calles infinitas de su capital para comprender que éste es un país más energético, más vital, más creativo y en muchos aspectos más culto y avanzado que el nuestro. Llegué a Tijuana después de sobrevolar más de tres mil kilómetros de bosques y desiertos y, apenas vislumbré desde el avión aquel enjambre de casuchas levantadas sin orden ni concierto en medio de una desolación de

colinas desérticas, pensé de inmediato y sin razón alguna que ése era un buen lugar para vivir y un buen lugar para morir, e instantáneamente se me curaron todos los males, incluida la maldición de Moctezuma que me atacó en Ciudad de México. Y eso que llegué a Tijuana casi en el peor día del año: a las doce en punto de la siguiente noche se implantaba en todo el país y durante dos días la ley seca, que prohíbe terminantemente la venta de alcohol para impedir que su consumo encienda hasta la violencia las pasiones políticas en las horas previas a las elecciones. Así que en Tijuana vi mucho sexo y mucha marihuana, pero menos tequila del previsible. Es una paradoja. A principios del siglo pasado Tijuana era un poblachón fronterizo con cuatro cabañas mal contadas; ahora es una ciudad de casi dos millones de habitantes, sin contar la incontable población flotante. La causa inicial de este crecimiento espectacular —y también caótico— fue precisamente la implantación de la ley seca en Estados Unidos, que propició la afluencia masiva de gringos en busca de los placeres que les negaba el puritanismo de su gobierno. Fue así como empezaron a surgir, en aquel lugar dejado de la mano de Dios, bares, tabernas, prostíbulos, restaurantes, hoteles y casinos sin cuento, como el célebre y lujosísimo de Agua Caliente, que frecuentaron potentados, estrellas de Hollywood y gánsters de película hasta que el presidente Lázaro Cárdenas, ya a finales de los años treinta, le echó el cierre, convirtiéndolo en una escuela nacional cuyas estancias alborotadas por el escándalo de los niños inquieta todavía hoy, según cuenta una leyenda que nadie ha podido extirpar, el fantasma de una bailarina del casino que se quitó la vida por amor. La ciudad, sin embargo, siguió creciendo gracias al reclamo irresistible de la frontera, y en los últimos años se ha convertido en un cuello de botella, en el rompeolas de toda Latinoamérica, en el lugar desesperado donde confluyen todos los desesperados del continente, atraídos por la esperanza a menudo ilusoria de cruzar al ilusorio paraíso que aguarda al otro lado.

Allí llegué el día anterior, invitado por el Centro Cultural Tijuana (CECUT), un organismo oficial empeñado en demostrar que en Tijuana hay mucho más que tequila, sexo y marihuana y que, además de contener una playa atroz y tristísima partida por un muro que recorre la ciudad, también contiene a mucha gente interesada en el arte y la cultura, y a un puñado de cineastas, pintores y escritores extraordinariamente fecundos. Uno de ellos es Luis Humberto Crosthwaite. Crosthwaite no sólo tiene un aire elegante de aristócrata —alto, corpulento, de gestos pausados y andares de vaquero—, sino que en cierto modo lo es: su familia, de origen irlandés, llegó a la frontera hace más de un siglo, y pudieron elegir entre ser mexicanos o norteamericanos; eligieron ser mexicanos. Por eso Crosthwaite es de los poquísimos tijuanaenses de pura cepa y por eso se conoce Tijuana como si la hubiera inventado y ejerce una forma a un tiempo burlona y muy seria de patriotismo tijuanaense (en su brazo derecho lleva tatuado un verso de Borges que, más que una declaración de amor, es una declaración de principios: «No nos une el amor sino el espanto»; es el penúltimo verso de un poema que Borges dedica a Buenos Aires, y que concluye: «Será por eso que la quiero tanto»). Y por eso, también, todos los libros de Crosthwaite están ambientados en Tijuana y constituyen una suerte de apasionante radiografía moral de la vida de esa frontera por la que Latinoamérica sangra a diario; lean, por ejemplo, *Instrucciones para cruzar la frontera*, un conjunto de relatos secos, duros, irónicos, llenos de sentimiento y huérfanos de sentimentalismo, que es el fracaso del sentimiento. O mejor no pierdan el tiempo tratando de leerlo, no al menos en España, porque, aunque lo publicó la española editorial Planeta, en nuestras librerías no lo van a encontrar: España es esa señorita repipi, plebeya y engreída que cree que puede prescindir de mucha de la mejor literatura que se publica en Latinoamérica sólo porque de repente se ha vuelto más rica que ella... Lo cierto es que, al día siguiente de dar mi char-

la en el CECUT, Crosthwaite, en compañía de Sal V. Ricalde —un videoartista experimental que, según la revista *Newsweek*, es uno de los jóvenes artistas mexicanos más prometedores del momento—, me invita a comer a El Negro Durazo, un restaurante sinaloense frecuentado por narcotraficantes sinaloenses y atronado por una banda de música sinaloense, Los Nuevos Tamazulas de Guamuchil, cuyas canciones de amor y de muerte apenas nos permiten cruzar unas palabras mientras bebemos cerveza y devoramos tacos de marisco, ostras y langostas de Puerto Nuevo, y mientras vemos levantarse de improviso a la gente que come a nuestro alrededor y echarse a bailar en medio de una atmósfera de algazara. Salgo eufórico de El Negro Durazo, pero, para cuando llego a esa playa inacabable del Pacífico partida por la mitad por un muro de metal carcomido por la herrumbre, el salitre y la intemperie, la euforia se ha trocado en depresión. Mirando a la playa desierta del otro lado por los intersticios del muro, les pregunto a Crosthwaite y a Sal por qué no hay nadie bañándose en el lado americano. «Los gringos dicen que la playa está contaminada», contesta Sal. «Es mentira, claro: la realidad es que quieren evitar que alguno de los nuestros cruce nadando al otro lado, se confunda con los bañistas y se les cuele en casa.» Luego Sal y Crosthwaite se quedan mudos; yo también. Sin saber por qué, me acuerdo de Stanislaw Lem: «No tenemos necesidad de otros mundos», dice Lem. «Lo que necesitamos son espejos.» Pienso entonces que ese muro es un espejo, un inmenso espejo. Pienso que no sé mirarme en ese espejo que es el muro, y que quizá nadie sabe hacerlo. Pienso que no queremos mirarnos en ese espejo, porque nos aterra lo que vamos a encontrar en él. Pienso: «Un espejo es un espejo, y sólo refleja lo que tiene enfrente, y eso que tiene enfrente no es más que la realidad». En ese momento reparo en un viejo que bebe cerveza tibia apoyado en el muro, cabizbajo y ajeno al griterío de la playa, mirando a las patrullas de policía que vigilan el otro lado a través de un

hueco por el que tal vez podría pasar un hombre. Me pregunto si el viejo está aguardando un descuido de las patrullas para cruzar el muro y echar a correr. Me tumbo al lado del viejo, en la arena, miro las nubes navegando en el cielo ejemplarmente azul, dejo que el sol apoye su peso sobre mis párpados. Al rato, llevado por un impulso que no controlo, me levanto y cruzo a gatas el muro por un hueco. Ya estoy del otro lado, me incorporo, las gaviotas que daban saltitos solitarios en la orilla alzan el vuelo, el silencio es casi sobrenatural, miro las huellas de mis zapatos en la playa immaculada: una doble escultura de arena. Entonces oigo las voces de Crosthwaite y de Sal, muy próximas, pero no entiendo lo que dicen o quizá es que no quiero entenderlo, porque en ese momento, embriagado de excitación y de coraje, empiezo a increpar a los policías que acechan a lo lejos, tras los cristales ahumados. «Fuck you, bastards», grito a voz en cuello una vez y otra y otra, mientras me hartó de hacerles ostentosos cortes de mangas, y cuando me canso, me doy la vuelta y, mirando a Crosthwaite y a Sal y al viejo de la cerveza, que sonríen, y a la gente —mujeres, niños y ancianos—, que se ha aglomerado contra el muro y sonrío y aplaude también, con una desorbitada satisfacción que no he experimentado en mi vida y con la inconfundible certeza de estar cumpliendo un deber largo tiempo aplazado me bajo los pantalones y les enseño el culo a los policías gringos, que en cuanto me vuelvo abren al unísono las puertas del coche y con amenazante parsimonia echan a andar hacia mí. Presa del pánico, me subo los pantalones, vuelvo a ponerme a gatas y trato de cruzar de nuevo el muro por el hueco; entonces compruebo con horror que no quepo, el hueco se ha estrechado o yo me he ensanchado, dejo que Crosthwaite y Sal y el viejo y la gente que me aplaudía tiren a la desesperada de mí, inútilmente, mientras yo me debato y sudo a mares y grito de miedo e imploro como una sabandija sin dignidad y veo acercarse a los policías previendo la paliza y la cárcel, hasta que en el preciso

momento en que noto las manos de un gringo aferrándome el pescuezo pego un alarido que me sienta en la arena y espanta a los bañistas. «Chingao, Javier», dice Crosthwaite, retorciéndose de risa. «Qué manera tienen los gallegos de despertar de la siesta.»

Abandonamos la playa, pasamos junto a una plaza de toros («Dicen que es la única en el mundo que está junto al mar», me informa Crosthwaite) y seguimos el muro hasta que éste se convierte en una valla sólo interrumpida por un viejo mojón de piedra que desde hace mucho señala el límite territorial de México. Al otro lado de la valla hay ahora un parque con bancos de piedra y papeleras de metal, que se creó, dice Crosthwaite, «para celebrar la fraternidad entre los dos países». Crosthwaite y Sal me cuentan que allí han visto de todo: picnics multitudinarios en los que las familias, a uno y otro lado de la frontera, empleaban las tardes conversando mientras se pasaban tacos de tortilla por los huecos de la valla; un matrimonio que celebraba el cumpleaños del marido: el hombre y la mujer tenían los dedos enredados a través de los alambres, y una banda de norteños cantaba una canción de aniversario detrás de ella; una vez se celebró allí una boda, con el novio, norteamericano, del lado estadounidense, junto al religioso que oficiaba la ceremonia, y la novia, mexicana, del lado mexicano, junto a los padrinos, y en torno a ellos mucha gente tirando arroz de uno a otro lado de la frontera: por razones obvias, al final de la boda los nuevos esposos no pudieron besarse. «Pero hace un tiempo los gringos decidieron que el parque era peligroso y lo cerraron», dice Crosthwaite, señalando la desolación vacía que se extiende ante nosotros; en el parque ya ni siquiera hay césped: se ha convertido en pasto seco. «Decían que la gente pasaba droga a través de la valla.» La excusa es notable, sobre todo si se tiene en cuenta que los narcos pasan la droga de un lado a otro en camiones y hasta por túneles, por supuesto con la complicidad de la policía norteamericana, que ahora es la única que llega

hasta aquí. «En fin», suspira Crosthwaite, señalando el parque sin nadie, «esto es todo lo que queda de la fraternidad entre los dos países.»

«Bueno», dice Crosthwaite mientras salimos de una tienda de guayaberas donde he comprado una radiante guayabera blanca que me he dejado puesta; la sonrisa de mi amigo es tan radiante como el blanco de mi guayabera. «Ha llegado el momento de que conozcas La Coahuila.» Montamos en el coche y le pregunto qué es La Coahuila; me contesta que es el barrio de tolerancia; recordando mis recientes heroicidades oníricas, le pregunto si es peligroso. «No mucho», dice encogiéndose de hombros, y en ese mismo momento comprendo que La Coahuila es un lugar peligrosísimo. «Los gringos no se atreven a entrar ahí, les da miedo; pero los gringos son unos flojos. Si no buscas problemas, lo más probable es que no los encuentres; tú límitate a no separarte de mí.» Sin duda porque advierte que estoy palideciendo de pánico, en ese momento me asesta una estocada mortal: «Pero tú eres escritor, ¿no?», y lo que quiere decir es que, por muy cobarde que sea, un escritor por nada del mundo puede perderse un espectáculo como el del barrio de La Coahuila.

Tiene razón. Lo comprendo en cuanto entramos en el barrio, igual que comprendo que, comparado con él, Sodoma y Gomorra debió de ser un parvulario: decenas de anuncios luminosos proclaman la presencia multitudinaria de cabarets, tabernas, prostíbulos y hoteles que alquilan habitaciones por horas, y a lo largo de las aceras se alinean centenares de prostitutas de todos los colores, nacionalidades y tipos, que se ofrecen al paseante por apenas veinticinco dólares, fácilmente negociables a la baja. Entramos en el Zacazonapan, un tugurio infecto y oscuro instalado en un sótano donde bailan con desenfreno, al

ritmo de la música más hermosa que conozco, criaturas que parecen salidas del Averno; el peligro se palpa en el aire, como si en cualquier momento y con cualquier excusa —un codazo involuntario, una mirada que se prolonga demasiado, un mero tropezón— la ilusión de paz fuera a romperse y los bailarines a convertirse en guerreros enloquecidos de furia y bañados en sangre de degüello entre el destello mortal de las navajas. Nos sentamos a una mesa y pedimos cerveza. Mientras bebemos, le pregunto a Crosthwaite si se siente seguro en un lugar como éste. «Claro», sonrío, «siempre que a mi espalda tenga una pared.» Luego nos levantamos y, guiados por Sal, entramos en un par de *tables*, El Chicago y El Pollo, locales de paredes forradas de espejos donde nadie se mira y donde las chicas bailan semi-desnudas (el PAN, el partido que gobierna el Estado, prohibió el desnudo integral) y permiten que los clientes más arrojados les introduzcan billetes en los tangas; Crosthwaite y Sal, que tratan a las chicas que se nos acercan con una delicadeza y una cortesía versallescas, me protegen y no dejan de prodigarme consejos: que nunca abandone la billetera encima de la mesa, que nunca pida perdón si rozo a alguien, que nunca diga que no tengo dinero para invitar a una chica. En cuanto a mí, sin darme cuenta paso de la aprensión a la euforia, como si en vez de estar bebiendo cerveza en los boliches de La Coahuila estuviera comiéndome una langosta en El Negro Durazo, y para cuando entramos en Las Adelitas —el burdel más renombrado de todo Tijuana— me siento más tijuana que el mismísimo Crosthwaite. Éste, hace unos meses, llevó allí a Joaquín Sabina, y al entrar le preguntó al rockero, casi en tono de disculpa, si prefería tomarse una copa en otro sitio, porque allí la música a duras penas dejaba hablar. «Hermano», le contestó Sabina, tomándole del hombro y tratando de abarcar con una mirada atónita el local entero. «Me has traído al paraíso.»

El paraíso es un local penumbroso, enorme y cuadrangular, con una gran barra a la derecha, una sala de baile en el centro

y mullidos divanes rojos por todas partes, uno de esos burdeles poblados de afectuosas prostitutas de senos maternos que uno creía una invención descabellada de las novelas caribeñas. Pero Las Adelitas no es una invención, de modo que nos sentamos en un diván y pedimos cerveza helada y, mientras nos la bebemos, el *speaker* del burdel nos informa de que dentro de veinte minutos exactos dejará de servirse alcohol a causa de la entrada en vigor de la ley seca. «Beban ya, cabrones», grita el *speaker* con una voz cazallosa que en aquel momento me recuerda la de Sabina, «beban antes de que esto se convierta en un pinche convento.» «Chingao, Javier», dice Crosthwaite, despatarrado de felicidad sobre el diván. «Éste es el sitio donde me gustaría vivir y me gustaría morir.» A punto estoy de decirle que eso mismo es lo que pensé yo al llegar en avión a Tijuana cuando Crosthwaite se levanta y se llega hasta la cabina del *speaker*, y un segundo después la voz de éste atruena de nuevo el local: «Hijos de la chingada, denle todos la bienvenida a Javier Cercas, que recién aterriza en Tijuana. Pinche güey: qué pronto encontró Las Adelitas». Entonces las prostitutas y los asesinos y los narcos de Las Adelitas me dan la bienvenida al paraíso con un grito unánime, y mientras me siento de golpe el hombre más honrado de la tierra, consciente de que por fin he llegado al sitio donde siempre había querido estar, porque siempre lo había buscado sin saber que estaba buscándolo, pienso que Tijuana es una playa tan infinitamente triste como una herida por la que toda Latinoamérica sangra y es un espejo en el que nadie se atreve a mirarse, porque es un espejo monstruoso, un imposible espejo de sangre al que no estamos unidos —como Borges a Buenos Aires— por el amor sino por el espanto, y por eso será que la queremos tanto, pienso en los miles de desesperados que consiguieron cruzar ese muro atroz y en los que no lo consiguieron y están enterrados en medio de ninguna parte y en los que intentarán cruzarlo y tal vez lo consigan y tal vez no, pienso en un viejo bebiendo cerveza tibia junto al

muro y mirando a través de él como quien mira un sueño o un espejo que no refleja nada, pienso que Tijuana es una canción de amor y de muerte y pienso en furiosos guerreros sedientos de sangre y en Manu Chao y en Sabina y en Sal Ricalde y en Luis Humberto Crosthwaite, que tienen también corazón de guerreros, pienso en todas las putas innumerables, valientes y desesperadas que han venido a amar y a morir a este inmenso, deslumbrante y feliz basural, pienso en todas estas cosas y pienso también que quien no conoce Tijuana no conoce el mundo, porque en este enjambre de casuchas dejadas de la mano de Dios en medio de una desolación de colinas desérticas están juntos el infierno y el paraíso, y que por eso es verdad que es un buen lugar para vivir y un buen lugar para morir. Así que, antes de que los camareros me quiten la cerveza de las manos en aplicación de la ley seca, levanto la botella y brindo con mi amigo Crosthwaite y mi amigo Sal y mi último trago a la salud de Las Adelitas, sin poder evitar que salga de mi boca un saludo de guerra para todas las prostitutas, los asesinos y los narcos del mundo que acaban de acogerme en su regazo de delincuentes igual que si yo fuera uno de los suyos: «¡Viva Tijuana, cabrones!».

La tragedia y el tiempo

Como cualquier otro español, yo tampoco voy a olvidar nunca la tarde del 23 de febrero de 1981. Aquel día llegué a mi casa desde la universidad a eso de las seis y media y me encontré a mi madre muy alarmada; algo ocurría en el Congreso de los Diputados: me contó que, apenas unos minutos atrás, estaba planchando mientras escuchaba en la radio la sesión de investidura de Leopoldo Calvo Sotelo como presidente del gobierno cuando un grupo de guardias civiles había interrumpido el acto entre gritos y disparos. No recuerdo lo que mi madre y yo hicimos a continuación: quizá seguimos escuchando el silencio ominoso de la radio, quizá pusimos la televisión; tampoco recuerdo con exactitud mi estado de ánimo, que sin duda vacilaba entre el nerviosismo y la exaltación. Porque no hacía falta conocer al dedillo todos los rumores de golpes de Estado que circulaban por el país desde bastante antes de la dimisión del presidente Adolfo Suárez para comprender lo que había ocurrido. Por entonces yo tenía dieciocho años, estudiaba primero de carrera, no militaba en ningún partido político, soñaba con escribir novelas; además, me temo que era, igual que lo soy ahora, un tipo razonablemente cobarde. Así que nunca he acabado de entender muy bien mi reacción de aquella tarde, aunque mentiría si dijera que me arrepiento de ella; en realidad, es una de las pocas cosas que he hecho en mi vida de las que no me arrepiento. Mi reacción fue echarme a la calle (con la oposición frontal de mi madre, que había vivido de niña el 18 de julio